

Las mujeres de América

Martha Salas

Después del Descubrimiento de América, para asegurar el dominio de las tierras, se inicia la exploración y ocupación de las zonas descubiertas.

Con ello, se inició, también, la población de los territorios y para llevar a cabo las nuevas fundaciones, arraigándose en el suelo conquistado, fue necesario traer a las mujeres españolas a este lejano terruño.

Ella fueron las encargadas de enseñar el idioma; la religión y difundir la fe cristiana, una de las bases de la Conquista de América.

Las mujeres son las que establecen las “casas fuertes”, enseñan a las nativas el arte de la cocina; la huerta; los sembradíos y la plantación de árboles frutales. Mientras los hombres estaban dedicados a la exploración y los reconocimientos de las zonas inexploradas.

Las mujeres participaron, además, en las primeras exploraciones y llegaron a empuñar las armas, luchando, de igual a igual, con los hombres contra los pueblos a los que se enfrentaban.

Isabel de Guevara, venida con el primer adelantado, Pedro de Mendoza, al Río de la Plata, envía, el 2 de julio de 1556, a la princesa gobernadora, Juana, desde Asunción con la siguiente carta:

“Hemos venido ciertas mujeres, entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una y como la armada llegase al puerto de Buenos Aires con 1.500 hombres y le faltase bastimento, fue tamaña el hambre que al cabo de tres meses murieron los 1.000. Esta hambruna fue tal que ni la de Jerusalén, se le puede igualar.

Vinieron los hombres con tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban en las pobres mujeres. Así en lavarles la ropa como en curarles; hacer de comer lo poco que tenían; limpiarlos; hacer centinela; rondas; los fuegos; armar las ballestas; dar alarma por el campo a voces...porque como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres”.

Veremos, posteriormente, que despoblada Buenos Aires y fundada Asunción, ella misma expresa: “ Que las mujeres hicieron rozas con sus propias manos; rezando y carpiendo y sembrando y recogiendo el bastimento sin ayuda de nadie”.

De estas valientes y luchadoras mujeres españolas descenderán las criollas, las mestizas y las indias que adoptaron sus costumbres, uniéndolas con las propias. Su honda raigambre cristiana; el amor a la tierra y su deseo de libertad son los valores supremos

que las harán luchar por su familia; su hombre, su hijo, su padre o su hermano, soportando durísimas pruebas de guerras desiguales y asoladoras.

Fuertes como las mujeres bíblicas, algunas cobraron ribetes místicos, peleando en los frentes de batalla; en las trincheras; en las fronteras o en las ciudades, llevando y trayendo mensajes y, a su vez, espiando a los enemigos.

Las mujeres que se unían a las tropas para acompañar a sus hombres se instalaban en los fortines para servir; curar; ocuparse de la caballada; las armas; la alimentación; realizar las rondas de guardia y alentar a la milicia, ejerciendo una verdadera influencia moral sobre las tropas.

Ellas eran un ejemplo de compromiso moral y de activa participación en la hazaña libertadora.